

CUANDO LA MUERTE VISITA NUESTRA FAMILIA

RAMÓN SALA GONZÁLEZ, OSA

Parece de mal gusto tratar sobre la muerte. Es un tema que, en principio, se antoja incómodo y produce cierta aversión. Cuando lo escogí para colaborar en esta colección lo hice sin más pretensión que la de aportar alguna luz desde la fe a una realidad que nos descoloca a todos. Ahora hay una motivación añadida. No podía imaginar entonces que la muerte iba a tocar a la puerta de mi propia familia tan inesperadamente. Mientras redactaba este texto mi primo Chero – 43 años –, luchaba con un cáncer que se lo ha llevado en pocas semanas. A él, a sus padres y hermanos, dedico el mensaje de esperanza que puedan ofrecer las líneas que siguen.

UN TABÚ DEL SIGLO XXI

En los últimos cien años la esperanza de vida en los países desarrollados ha aumentado de forma espectacular gracias a la mejora en las condiciones de vida (sanidad, vivienda, alimentación, educación) y a los avances de la ciencia (medicina y farmacología). Se calcula que entre el 30 y el 40 % de la población actual de Occidente superará los 80 años. Morimos más tarde y con menos dolor, sí... pero no sabemos qué hacer con la muerte. Se ha convertido en un nuevo tabú de las sociedades modernas. Tratamos por todos los medios de ignorarla y ocultarla. Es mejor no hablar de ella y que los niños no la vean. Se tiende a ir suprimiendo todo aquello que pueda indicar su presencia: los velatorios junto al cadáver, los funerales de cuerpo presente, los signos de luto, las expresiones de condolencia. Todo ha de ser discreto e íntimo para que la muerte pase desapercibida. ¿Por qué? Hay varias razones. Por un lado, porque la muerte destruye el mito de la eterna juventud. No hay espacio para morir en una sociedad que idolatra el disfrute inmediato. También, porque la muerte cuestiona la visión prometeica de un progreso ilimitado. Pone al descubierto la finitud del ser humano y su impotencia para salvarse a sí mismo. Finalmente, porque la muerte no interesa a un sistema basado en la productividad y el consumo. Sólo hacen negocio las funerarias.

Por otra parte, hoy se muere mejor asistidos, pero más solos. Es verdad que médicos, familiares y amigos se esfuerzan por acompañar y aliviar el dolor del enfermo. Sin embargo, en las sociedades avanzadas morir es, cada vez más, un trance solitario y privado. En Madrid cada año mueren en su domicilio cerca de 80 ancianos que viven solos. Muchos ni siquiera se mueren en el propio hogar, sino en un hospital o una residencia. Por lo general bien atendidos y rodeados de cuidados paliativos cada vez más sofisticados, pero a menudo privados de la cercanía y el afecto de los seres queridos. Tal vez lo más grave y lo más triste de todo sea la despersonalización: privar al enfermo de vivir su propia muerte. Hasta no hace mucho, el moribundo era el protagonista de su muerte. Consciente de que llegaba su hora, reunía a sus seres queridos, manifestaba su última voluntad, pedía perdón, “se ponía a bien con Dios” y se despedía de ellos. Hoy esto es cada vez más raro. Muchas veces, por otro lado, una conspiración de silencio a su alrededor impide que el enfermo pueda preparar y vivir con lucidez su propia muerte. No sabe que se va a morir – y si lo sabe –, se ve forzado a actuar como si no lo supiera. Con la

mejor intención, los familiares también fingen porque tampoco saben cómo ayudarle a morir. Así las cosas, no es extraño que se desee una muerte rápida, inconsciente y sin provocar grandes trastornos.

Cuando esto sucede, además, en un clima de increencia o indiferencia religiosa, todo se complica. Debilitada la fe, se experimenta con mayor angustia la incertidumbre sobre una vida “más allá” de la muerte. Incluso personas que se confiesan cristianas, admiten tener sus reservas sobre la creencia en la resurrección. Sea como fuere, lo cierto es que, en la práctica, son cada vez menos los que, en la última hora, piden asistencia religiosa. Y sus familiares, profundamente afectados por las circunstancias y sumidos también ellos en la indiferencia ambiental, con frecuencia ni se lo plantean o no se atreven a hacer ninguna sugerencia acerca de la presencia del sacerdote. Así, poco a poco, la muerte se ha vuelto un hecho trágico e impersonal, desprovisto en buena medida de su contenido humano y religioso.

ANTE LA PROXIMIDAD DE LA MUERTE

Desgraciadamente hay muertes que nos sorprenden de improviso. A pesar de la firme resolución con que la Dirección General de Tráfico está empeñada en la prevención del riesgo de accidentes – mediante impactantes y costosas campañas –, las cifras de muertos en las carreteras siguen siendo, si no la primera, sí una de las principales causas de mortalidad en España. Los que han perdido así a un cónyuge, a un hijo o a un hermano saben bien lo que duele el cruel zarpazo de la muerte. Una experiencia terriblemente traumática que nunca se llega a superar del todo. Seguramente son estos los casos en que la realidad de la muerte se nos impone de la forma más desgarradora. Sin embargo, en muchas otras ocasiones – por suerte o por desgracia – se puede vislumbrar su rostro anticipadamente con mayor o menor nitidez.

Sabemos que tenemos “fecha de caducidad” pero, mientras no apreciamos signos graves y tangibles, no sentimos la muerte como algo inminente. No es precisamente esa la situación de quien percibe que la vida se le escapa sin remedio y que su final está ya cerca. Es verdad que no hay dos muertes iguales. Cada persona es única e irrepetible y vive su muerte de forma singular. No obstante, es posible señalar algunos rasgos que describen esta experiencia común. Una primera forma de familiarizarnos con ella consiste en acercarnos a los sentimientos que la acompañan: miedo al dolor, insatisfacción por no haber aprovechado mejor la vida, temor a lo desconocido, pena de dejar a los seres más queridos, miedo a sentirse solo/a en el momento final, angustia ante lo que pueda acontecer después de la muerte. Se puede considerar también el morir como un proceso de pérdidas que la persona vive de modo más o menos consciente: su estado general se agrava, muestra una debilidad extrema, van desapareciendo los puntos de referencia de lo que era su vida habitual (la autonomía y seguridad personal, la imagen de sí mismo que ofrecía a los demás, la capacidad de comunicación). Poco a poco, la persona se va desprendiendo de este mundo como arrastrada hacia su final.

Tal vez la forma más precisa de acercarnos a la situación de quien va a morir es la que describen los estudios de la doctora suiza Elisabeth Kübler-

Ross en su análisis de las cinco fases principales por las que pasa un enfermo terminal (cf. *Sobre la muerte y los moribundos*, Grijalbo, Barcelona 1993): 1) *Negación*: el mecanismo de defensa con que la persona niega su situación para comenzar a adaptarse a la terrible realidad. “No puede ser”. 2) *Rebelión*: su reacción vital airada y furiosa cuando descubre que el final es inevitable. “¿Por qué yo?”, “¿por qué ahora?”. Puede proyectarse agresivamente contra el personal médico o los familiares. 3) *Negociación*: se trata de retrasar lo más posible lo que aparece como inminente mediante promesas o pactos. “Si me curo...”. 4) *Depresión*: el estado de postración (silencio, tristeza, indiferencia, incomunicación) en que se hunde el paciente al sentirse derrotado puesto que no hay nada que hacer. 5) *Aceptación*: una sensación especial de sosiego y paz interior que convive simultáneamente con la pena y la nostalgia, que nunca desaparecen por completo. No todas las personas viven este proceso según estas etapas ni en este orden. Pero la conclusión de este trabajo es hoy ampliamente compartida: la mayoría de las personas atravesamos un mismo proceso al enfrentarnos con nuestra muerte. Lo corrobora en primera persona el siguiente testimonio: “Yo creo que esa idea de muerte lejana con la que vivimos desde que nacemos es más fácil de aceptar y no es algo que ocupe nuestro pensamiento durante mucho tiempo y de manera recurrente. Tal fue mi caso durante veintinueve años. Pero, de repente, aparece el cáncer y una piensa: “Dios mío, no está tan lejos, la muerte no es algo que flota en el espacio. Está aquí y me mira de frente, a los ojos, a los míos”. Y es entonces cuando conocemos a la otra muerte, a la de verdad, una que es distinta a la de siempre, una que da más miedo y que es mucho más real, porque es mucho más posible a corto, a cortísimo plazo. Y eso provoca que nuestro orden interior se derrumbe y que la mente se convierta en una noria que da vueltas una y otra vez sobre lo mismo. [...] Y, de pronto, alguien nos tiende una mano, o nos susurra una palabra y nos devuelve a la realidad, y nosotros sentimos que el corazón late enloquecido mientras tomamos una buena bocanada de aire que empieza a calmar el espíritu” (Mariam SUÁREZ, *Diagnóstico: cáncer*, Círculo de lectores, Barcelona 2000).

Por supuesto, la proximidad de la muerte no afecta sólo al enfermo; también a sus familiares, amigos y a cuantos se acercan a él. Algunas reacciones son bastante generalizadas. Sentimos incomodidad: no es fácil acercarse a un moribundo, pues, de manera implícita, nos recuerda el que será también nuestro destino. “Un día me pasará a mí”. Sentimos, sobre todo, impotencia: no sabemos qué hacer, ni qué decir. Nos embarga la emoción. A veces, incluso nos sentimos interpelados: quizás no le hemos sabido comprender o tratar como necesitaba. ¿Cómo reaccionar? ¿Cómo ayudar? A los familiares, en ocasiones, no les resulta fácil estar permanentemente a la cabecera del enfermo como desearían. El trabajo y las ocupaciones les obligan a turnarse o a poner a prueba su capacidad de resistencia soportando el agotamiento hasta límites insospechados. Por otra parte, cualquiera no está preparado para tomar la mano del moribundo y recorrer juntos el último tramo de su vida. No se sabe cómo sostener la mirada frente al enfermo sin apenarle aún más. Además, sobre todo los parientes más próximos participan de esa muerte como una dolorosa pérdida personal. Al morir el ser querido, algo se muere también en sus vidas. Por eso, también la familia vive – en cierto modo–

el proceso descrito por Kübler-Ross y algunos de sus miembros requerirán el apoyo psicológico o moral oportuno.

Siempre es admirable la presencia de los familiares que acompañan al enfermo a lo largo de todo el proceso de su enfermedad. Velar junto a quien se está aproximando al final de su vida no es fácil. Pero para aliviar y hacer más humana la muerte no basta la buena voluntad. El acompañamiento ha de responder en cada momento a la situación que está viviendo el paciente. En la fase de negación, cuando se está preparando para asumir una realidad que todavía no puede aceptar, hay que respetar sus ritmos de reacción, aunque sin crear en él falsas expectativas. En la fase de rebelión – cuando se desahoga descargando toda su agresividad –, hay que ser muy comprensivos y tener mucha paciencia, aceptando su rabia sin personalizar nunca las ofensas, tantas veces irracionales e injustas. En la etapa de los pactos – cuando todavía mantiene una importante actitud activa de lucha y colaboración con los tratamientos –, hay que saber escuchar con respeto, sin ridiculizar sus propósitos, por ingenuos que sean, pero tampoco alentarlos. En la depresión – cuando siente que el tiempo se acaba y el desgarró emocional es más intenso –, sólo queda mantener con él una comunicación positiva, casi siempre no verbal, y sobre todo, expresiva de nuestro afecto y cariño, procurando evitar que deje asuntos sin resolver o sentimientos sin compartir. Si llega a la aceptación serena – cuando se ha desprendido ya de la vida para asumir la muerte –, con pesar, pero sin miedo, entonces es el momento más doloroso para la familia, que es la que necesitará ahora volcar sobre sí misma todo el apoyo mutuo.

TAMBIEN LOS CUIDADOS O AUXILIOS ESPIRITUALES

La asistencia integral del moribundo no se debería agotar en el alivio del dolor, ni en atender con delicadeza sus necesidades físicas (limpieza, alimentación) y emotivas (compañía, afecto). No hay que olvidar sus necesidades de tipo espiritual y religioso. En este ámbito la familia desempeña también un papel insustituible. Tanto el equipo médico como los familiares, deben facilitar la atención a las demandas espirituales de la persona que se prepara a morir. Nunca ignorarlas, y mucho menos entorpecerlas con el pretexto de no alterarle o empeorar su estado. Al contrario, han de procurarle la ayuda adecuada también a este nivel. No está de más recordar algunos criterios básicos de actuación en el acompañamiento espiritual del moribundo: 1) La atención no se ha de centrar en la enfermedad, sino en la persona enferma. Esto implica una actitud de escucha y empatía ante sus confidencias (quejas, dudas, remordimientos, miedos, confianza, gratitud...). 2) Hay que tratar de evitar a toda costa los estereotipos. No utilizar nunca tópicos ni fórmulas vacías fuera de lugar (“no somos nada”, “resignación”, “Dios aprieta pero no ahoga”). 3) Es importante captar bien el tipo de relación predominante que vive con Dios en la hora final. Hay quien se siente abandonado por él; algunos lo perciben como injusto y cruel; otros confían en su bondad y su amor; para muchos es un enigma desconcertante. Quien acompaña desde la fe no tiene la misión de “defender” a Dios, sino la de ser testigo de su cercanía en el trance de la muerte. 4) Desde una actitud creyente no hay que juzgar ni condenar nunca. Ello supone evitar todo aquello que pueda provocar temor,

resentimiento o culpabilidad. Despertar, por el contrario, sentimientos positivos de fe y de confianza en la misericordia de Dios. 5) En la comunicación espiritual con el moribundo casi siempre nos faltan las palabras. De ahí la particular importancia que adquieren los gestos, la mirada y tantos silencios cómplices.

El desenlace final de la vida es un momento especialmente propicio para la *oración*. A veces brota de forma casi espontánea tanto en el gravemente enfermo como en sus seres queridos. Esta plegaria tiene un gran valor para crear un clima de paz en el que va a morir y en su entorno, para infundir ánimo al que sufre, para encontrar la fuerza necesaria en medio del dolor, para inspirar confianza en Dios. Por eso, muchas veces, más importante que hablar con el moribundo, es rezar con él. Proponerle orar, ayudarle a hacerlo, sugerirle alguna fórmula breve y sencilla que luego pueda él repetir interiormente. A la vez, redescubrimos la necesidad de rezar por todos los moribundos. Cuando la persona agonizante ya no puede rezar, la iglesia ora por ella. Es bueno que los familiares tengan conciencia de ello, se sientan reconfortados y estimulados a orar por el ser querido en comunión con la Iglesia. San Agustín nos cuenta que lo único que su madre le pidió a él y a su hermano antes de morir, fue que oraran por ella (*Confesiones IX, 11,27*) y él mismo pide a sus lectores que recen por sus padres “para que lo que mi madre me pidió en el último instante, quede ampliamente satisfecho por las oraciones de muchos, provocadas por estas mis confesiones y por mis oraciones personales” (*Confesiones IX, 13,37*).

En el acompañamiento espiritual del moribundo – cuando es cristiano –, la celebración de tres *sacramentos* adquiere un relieve particularmente significativo. Se trata de la Reconciliación, la Unción de los enfermos y la Eucaristía. Sobre todo, ésta última, aunque no sea un sacramento específico para vivir la enfermedad. Recibida con frecuencia como “comunión llevada al enfermo” o como “última comunión” antes de morir (*viático*), proporciona la auténtica medicina espiritual que une a la muerte de Cristo y alimenta la esperanza en la resurrección. Podemos hacer brevemente algunas consideraciones de carácter general a tener en cuenta: 1) Es un signo muy consolador para el moribundo que el sentido comunitario de todos los sacramentos – también de la Reconciliación, aunque la confesión sea individual – se manifieste con la presencia de los miembros de la familia durante el rito. 2) Los sacramentos no deben ser ni aparecer como algo aislado o extraño; al contrario, deben entenderse dentro del conjunto de cuidados que se están prestando a la persona a diversos niveles complementarios. 3) Respetar siempre la voluntad del enfermo: él es el verdadero sujeto de los sacramentos, el que personalmente los solicita o el que acepta conscientemente el ofrecimiento que se le hace. 4) En lo posible hay que cuidar también cierta preparación previa de quien se dispone al encuentro sacramental, para no reducirlo a un acto anecdótico, mecánico y precipitado. 5) El estilo y ritmo de la celebración debe ajustarse al nivel de fe, estado de salud y situación anímica del enfermo, abreviando u omitiendo los elementos secundarios, para dar mayor realce a lo verdaderamente esencial.

- Cuando te preguntan, ¿soléis ocultar a vuestros hijos pequeños la realidad de la muerte? Fallecido un familiar cercano, ¿permitís que asistan al funeral?
- ¿Quién debe comunicar su estado terminal a un enfermo, el médico o la familia? ¿En qué condiciones?
- ¿Cómo reaccionaríais ante un padre, hijo o hermano que os pidiera que le “ayudaseis a morir” en el caso de una agonía prolongada?

EL (NUEVO) TESTAMENTO DE JESÚS

Un teólogo congoleño – Bénézet Bujo – interpreta la última cena de Jesús con sus discípulos como la última hora de un padre de familia moribundo, que reúne a sus hijos junto al lecho de muerte para hacerles partícipes de su última voluntad. Dice él que el testamento de Jesús es el amor mutuo y que solamente quienes se atienen a ese mandamiento “nuevo” han heredado la Vida y pueden transmitir a los demás la fuerza vital. Por su parte, Jean Guitton (1901-1999) – que tuvo el privilegio de ser el primer seglar de toda la historia de la Iglesia en asistir a las sesiones de un Concilio – evoca en uno de sus libros la siguiente anécdota de la infancia: *“Recuerdo que, siendo niño, me atreví a preguntar a mi madre qué era la muerte. Ella abrió el Evangelio de San Juan y leyó: “Jesús, sabiendo que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, amó a los suyos hasta el extremo...” [Jn 13,1]. “Pasar al Padre, amar hasta el extremo, eso es morir”, me dijo ella. Y no hice más preguntas”*. Para Jesús y para los que creemos en él, la muerte es un paso (= Pascua), el último paso, el paso decisivo. Atravesar la frontera de la finitud, del espacio y el tiempo, y alcanzar la otra orilla. Para los cristianos morir es ir al encuentro del Dios de la Vida. “Pasar de este mundo al Padre” (Jn 13,1). Se lo recuerda el propio Jesús Resucitado a los apesadumbrados y torpes discípulos de Emaús: *“¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?”* (Lc 24,26). Y lo reitera el último libro del NT con la reveladora promesa que encierran estas bellas palabras: *“enjuagará toda lágrima de sus ojos y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni dolor, porque el mundo viejo ha pasado”* (Ap 21,4).

Otra sugerente imagen que emplea el NT para hablarnos de la muerte es la de un *parto*. Es llamativo que las palabras más iluminadoras sobre la alegría en boca de Jesús las tengamos precisamente en los discursos de despedida en el contexto de la pasión. Es justo frente su muerte inminente y ante el desconcierto y la tristeza de sus discípulos, cuando Jesús nos invita a la alegría. Compara el momento de la muerte con la situación de la madre cuando va a dar a luz: *“Yo os aseguro que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando da a luz está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando el niño le ha nacido, ya no se acuerda del dolor, por el gozo de que ha traído una criatura al mundo. También vosotros estáis tristes ahora; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os podrá quitar vuestra alegría”* (Jn 16, 20-22). Jesús está hablando de una alegría íntima y serena que nadie puede arrebatar. De una alegría que no sólo sigue al dolor, sino que nace precisamente en la cruz. *“Vuestra tristeza se convertirá en alegría”*. Morir es entrar en la alegría de Dios. Para referirse a nuestro destino final tras la muerte

Pablo, en la carta a los Romanos, utiliza también la imagen del parto: *“Porque estimo que los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros... Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo”* (Rm 8,18.22-23).

Hace años la BBC emitió una serie de programas dedicados al más allá. Se planteaba a un grupo de personas, creyentes o no, de diversas confesiones y nacionalidades, la misma pregunta: “¿Qué espera Vd. personalmente después de la muerte?”. Una de las respuestas que más llamó la atención fue la que dio el cardenal Leo J. Suenens (1904-1996): *“Espero acabar de nacer”*. ¿Qué pasa con nosotros después de la muerte? Es la pregunta. La que todos nos hacemos. Para la fe cristiana el futuro más allá de la muerte no es sólo una predicción sobre el porvenir, sino que representa la clave misma del presente. Nos obliga a elegir hoy, a hacer una opción que determina ahora nuestro destino. Si tras la muerte no hubiera más que la nada, entonces la vida sería un sinsentido y los que creemos en Jesús seríamos los más desgraciados de los hombres, como dice Pablo (cf. 1Cor 15,19). Nunca llegaríamos a comprender ni el sufrimiento ni el amor. Porque sólo a la luz de la eternidad se comprenden ambas realidades. El sufrimiento no se explica más que como el dolor de un parto. Como subrayaba el cardenal Suenens, lo que pasa con la muerte es que no hemos acabado de nacer... Por supuesto, que esta convicción no suprime el misterio, pero nos hace descubrir la perspectiva que se abre ante nosotros en el momento de la muerte. Esto es verdad también para el amor. No lo podemos entender en profundidad, sino como una exigencia de eternidad. *“Los amó hasta el extremo”* (Jn 13,1). Nos resistimos a amar y ser amados sólo temporalmente. Necesitamos que el amor no acabe nunca (1Cor 13,8), que dure siempre, que – como escribe Gabriel Marcel – podamos decir a la persona amada: “tú no morirás nunca”.

“NO TENGÁIS MIEDO”

Conservo el recorte amarillento de la crónica de sucesos de un diario local que da cuenta de un incendio que se declaró por la noche en una vivienda de dos plantas. Sus moradores se habían precipitado a la calle para escapar de las llamas. Todos excepto uno, el más pequeño, un niño de cinco años. Según los testigos, éste apareció en la ventana del primer piso, pidiendo auxilio en medio de una espesa humareda. Su padre le gritaba que saltara. El hijo oía su voz, pero el humo le impedía ver a su padre. “No te veo”, lloraba. Entonces el padre le gritó angustiado: “¡Salta! Yo sí te veo, no tengas miedo”. El chico obedeció y se arrojó al vacío a través de la cortina de humo, cayendo, sano y salvo, en los brazos de su padre. Es una preciosa parábola de la confianza filial que nos pide el “salto de la fe” en la hora de nuestra muerte. Un día todos tendremos que saltar en la oscuridad de la fe, atravesando el umbral de la muerte, para abandonarnos confiadamente en el Amor de un Padre que nos ve y nos espera con los brazos abiertos.

La historia de los *mártires* nos dice que los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia se caracterizaban por ser personas que no tenían miedo a la

muerte. *“No tengáis miedo a los que matan el cuerpo...”* (Mt 10,28). Esperaban anhelantes el retorno glorioso del Señor. Se equivocaban en la hora y el momento; pero no en su vivísimo sentimiento en medio de las persecuciones. Entre los muchos testimonios documentados, vale la pena recordar dos realmente estremecedores. El primero es uno de los más antiguos que conservamos. Es el del obispo san Ignacio de Antioquia, martirizado a comienzos del s. II: *“Escribo a todas las Iglesias y les dejo bien claro que voy de buen grado a morir por Dios, si es que vosotros no lo impedís. Os ruego que no tengáis conmigo una benevolencia inoportuna. Dejadme ser pasto de las bestias, por las que podré alcanzar a Dios. Trigo soy de Dios y he de ser molido por los dientes de las bestias para que resulte puro pan de Cristo... para mí, mejor es morir en Jesucristo que ser rey de los términos de la tierra. A Aquél quiero que murió por nosotros. A Aquél quiero que por nosotros resucitó. Y mi parto es ya inminente... No me impidáis vivir; no os empeñéis en que yo muera... Dejadme contemplar la luz pura. Llegado allí, seré de verdad hombre”* (Carta a los Romanos 4,1; 6,1-2). Si somos capaces de ver más allá de su intrépido desprecio por la vida – que choca con nuestra sensibilidad actual – y nos centramos en la visión de la muerte que se desprende del texto, descubrimos de nuevo lo fundamental: la esperanza de quien cree firmemente que la muerte es el parto doloroso que conduce a la Vida. Un siglo después, bajo la persecución de Septimio Severo, padecieron el martirio dos jóvenes cristianas. Se trata de Perpetua, una rica dama norteafricana de 22 años, y de su esclava Felicidad, que, además, dio a luz un bebé durante su cautiverio: *“E inmediatamente después de su oración, le sobrevinieron los dolores de parto. Al quejarse mucho por la dificultad natural de un parto de ocho meses, uno de los ayudantes de los carceleros le dijo: “Si así te quejas ahora. ¿qué harás cuando te echen a las fieras, que menospreciaste cuando te negaste a sacrificar?”. Pero ella respondió: “Ahora soy yo quien sufro; pero allí habrá otro en mí, que padecerá por mí ya que yo también estaré padeciendo por él”. Así dio a luz a una niña, que una hermana suya tomó por hija”* (Pasión de Perpetua y Felicidad, 15,5-7). La dolorosa “felicidad” de un nuevo parto...

Sin haber llegado al martirio, también otros santos nos descubren el modo de acoger la muerte con sentido cristiano y sin miedo. Escogidas un poco al azar, nos pueden iluminar las enseñanzas de dos de los más grandes doctores de la Iglesia: Agustín de Hipona y Teresa de Jesús. Comentando la parábola del rico y el pobre Lázaro (Lc 16,19-31), san Agustín escribe: *“La muerte no debe ser temida como una tragedia cuando es la culminación de una vida de bondad. Lo único que hace temible a la muerte no es lo que sigue, sino lo que precede a la muerte misma... la muerte de un pobrecillo honrado, sin más compañía que la de los perros callejeros, es más digna y mejor que la de un rico injusto, vestido de lino y púrpura... No tengas, pues, miedo a la muerte, sino a la vida”* (La Ciudad de Dios XIII, 11,12). Según cuentan sus biógrafos, la víspera de su muerte, tras recibir el viático, santa Teresa se incorporó dando gracias a Dios por concederle morir como hija de la Iglesia. Ya agonizante, dejaba escapar esta oración confiada: *“Señor, ya es hora de que nos veamos”*. Tiempo atrás había compuesto uno de los poemas líricos más bellos sobre la muerte en lengua castellana, el famoso *Muero porque no muero*. Merece la pena releerlo y meditarlo (cf. *Obras completas*, BAC, Madrid 1979, 502-503).

En nuestra época, otro poeta mucho menos conocido – el periodista guatemalteco José Calderón Salazar – supo captar, en circunstancias muy diversas, pero con la misma fuerza, el sentido de la muerte a la luz de la Pascua. Nos ha dejado este impresionante testimonio del tiempo en que padeció en sus propias carnes la represión militar de su país: *“Dicen que estoy amenazado de muerte. Tal vez sea así. Pase lo que pase, estoy tranquilo. Porque si me matan, no me quitan la vida... Al condenado se le puede arrebatar todo antes, como dicen y hacen hoy: los dedos de la mano, la lengua, la cabeza... “No temáis a los que pueden matar el cuerpo, pero no pueden quedarse con vuestra vida...” Dicen que estoy amenazado de muerte. De muerte corporal, de la muerte que Francisco amaba. ¿Quién no está amenazado de muerte? Lo estamos todos, desde que nacemos... Dicen que estoy amenazado de muerte. No es verdad. Ni yo ni nadie está amenazado de muerte. Todos estamos amenazados de vida, amenazados de esperanza, amenazados de amor... Los que creemos en Jesús de Nazaret no estamos amenazados de muerte. Estamos amenazados de resurrección. Porque además de ser el Camino y la Verdad, El es la Vida, a pesar de que esté clavada en una cruz en lo alto de toda la basura del mundo...”* (“Amenazado de resurrección” en *Actualidad Pastoral*, Buenos Aires, Mayo 1978).

EL A-DIOS DEL DIFUNTO

Acaecida la muerte de una persona, la comunidad cristiana acompaña al difunto desde el momento mismo de la expiración hasta que se depositan sus restos mortales en el cementerio. El conjunto de estos ritos se llaman *exequias*. En una pequeña obra titulada *La piedad con los difuntos*, reconoce san Agustín que las honras fúnebres son “más un consuelo de los vivos que un alivio de los difuntos”. Por eso la atención de la Iglesia sigue de cerca a los vivos, para aliviar el dolor de los parientes que lloran aquella muerte (*duelo*). Antes de ocuparnos de la despedida del difunto, vamos a decir también una palabra sobre el *luto* de la familia.

Naturalmente que con ese término no nos referimos al color negro – en otros contextos culturales, el blanco – de los vestidos o las corbatas. Son solamente los signos externos de luto. La pérdida de un ser querido provoca en sus familiares sufrimiento. Necesitan un tiempo para aceptar su ausencia y acostumbrarse a vivir sin él. Así entendido, el luto es necesario para reestablecer el equilibrio personal y familiar alterado por la desaparición de uno de sus miembros. Las reacciones de los afectados pueden ser diversas. A nivel físico, es bastante normal el cansancio, el insomnio, la pérdida de apetito... A nivel emotivo, se puede pasar del estado de aturdimiento hasta la depresión. Tampoco es infrecuente el sentimiento de culpa más o menos razonable. A nivel espiritual, en muchas personas crece la conciencia de la fugacidad de la vida, se plantea con mayor agudeza el sentido de la existencia y surge espontáneamente la pregunta sobre Dios. Los familiares del difunto necesitan sentirse apoyados humana y espiritualmente durante este tiempo. Algunos, para poder vivir sin depender tanto de los recuerdos. Por supuesto que no se trata de olvidar al ser querido ni de amarlo menos, sino de asumir el presente. Otros necesitan desahogarse, verbalizar lo que sienten. Compartir con alguien

su estado de ánimo. Hay quienes necesitan, sobre todo, el coraje de mirar hacia delante para reorganizarse la vida, emprender nuevos proyectos y establecer nuevas metas. La vida sigue. Finalmente, otros necesitan alguien próximo que les enseñe a vivir el luto desde la fe. El impacto de la muerte sacude las creencias de no pocos. Pueden hacer su aparición los interrogantes y las crisis de fe; pero también el deseo de vivir con más coherencia ante Dios. Este tiempo puede ayudar a crecer en la fe.

Tras el fallecimiento, la familia debe informar a allegados y amigos del difunto. Es normal que las *esqueletas* expresen el dolor y la tristeza, pero no que el lenguaje que empleemos ponga entre paréntesis nuestra esperanza o no armonice con nuestra fe (“Su familia tiene el dolor de participar que Dios se ha llevado a N.”; “Con profundo pesar comunicamos el fallecimiento de N. que ya descansa en la alegría y la paz del Señor”). En cierta ocasión hasta el *Osservatore Romano* – el diario de la Santa Sede – anunciaba oficialmente la “dolorosa noticia” de la muerte del Decano de los cardenales de la Curia. Y añadía el texto de un telegrama donde, con un vocabulario de Viernes Santo, se decía que el Papa, informado de la “triste noticia”, se asociaba al “duelo profundo” del Sacro Colegio Cardenalicio. Afortunadamente cada vez es más frecuente que se incluyan en las esqueletas pasajes bíblicos u otros textos con un estilo mucho más pascual (“La muerte no es la oscuridad que viene, es la lámpara que se apaga porque se levanta el día”).

Aunque la misa funeral ocupa el lugar central de las exequias cristianas, ya antes la oración del sacerdote, otros familiares o amigos velando el cadáver representan la cercanía de la Iglesia. Esta sencilla oración la puede presidir cualquiera en un ambiente de vigilia o al cerrar el féretro. Hoy es una práctica habitual – sobre todo en las ciudades – que el cadáver permanezca durante algún tiempo en un *tanatorio* antes de ser trasladado al lugar de la celebración religiosa o al cementerio. Aunque los tanatorios cuentan con capillas y pueden ser también espacios de oración privada y familiar, no son apropiados para celebrar el funeral. Solo es un servicio funerario que tiene la función de facilitar las visitas al difunto y a la familia, dadas las condiciones de las viviendas actuales. La comunidad cristiana es convocada siempre en una iglesia.

La muerte es un acontecimiento que tiene, por sí mismo, un hondo contenido humano y social. Con independencia de sus creencias, las personas necesitan reunirse para recordar y dar el último adiós al difunto, y para manifestar su afecto a los familiares. Ahora bien, la Iglesia vive todos esos valores desde la fe. La *misa exequial (funeral)* culmina toda la liturgia cristiana en torno a la muerte y en ella está siempre presente el misterio pascual de Jesucristo. Por tanto, en el funeral no se trata solamente de acompañar en su dolor a la familia, ni sólo de rezar por el difunto. Ha de expresar el sentido pascual de la muerte. La esperanza cristiana debe impregnarlo todo. Por eso, el ambiente celebrativo del funeral – en su sobriedad –, para nada ha de ser triste o frío. De un modo absolutamente natural se han ido abandonando aquellos elementos que le daban un tono lúgubre. Es de todos conocida la saludable impresión que produjeron por la televisión los funerales del rey Balduino de Bélgica, que la reina Fabiola quiso como una celebración gozosa,

asistiendo vestida de blanco o – más recientemente – los del Papa Juan Pablo II, con su ataúd como queriendo despegar de la plaza de San Pedro.

En la celebración del funeral es muy oportuno cuidar la participación y los símbolos. La misa exequial no es un asunto exclusivo de los allegados del difunto. Es toda la comunidad cristiana la que celebra el misterio pascual, orando y acompañando a la familia. Casi siempre el funeral descansa todavía excesivamente en el sacerdote. Sin embargo, son varios los servicios que pueden desempeñar los laicos: preparar lo necesario para la celebración, ayudar a los familiares a escoger las lecturas, redactar alguna intención para la oración de los fieles, proclamar la Palabra o las preces, animar el canto, etc. Así mismo, una celebración digna requiere disponer adecuadamente de los símbolos. Cuando el funeral es de cuerpo presente, el féretro junto al cirio pascual es el más elocuente y debe estar colocado en un lugar preferente y visible. Otros signos expresivos del sentido cristiano de la muerte son la cruz (la señal del cristiano), el agua bendita (el nuevo nacimiento por el bautismo), las flores (el afecto y la esperanza), el incienso (el destino en la resurrección).

Dar sepultura al ser querido es uno de los momentos más difíciles para la familia. Por lo general, suele ser vivido en la intimidad con la sola presencia de los familiares y los amigos más cercanos. Cuando falta el capellán, alguno de ellos puede encargarse de dirigir la oración en el cementerio. Durante siglos la costumbre ha sido el enterramiento del cadáver (*inhumación*). La Iglesia lo ha asociado siempre a la sepultura de Cristo, como la vuelta a la tierra en espera de la resurrección final. Por diversas razones, en nuestros días se ha extendido la práctica de la *incineración* o *cremación*. La Iglesia también la permite. Puede recibir un sentido religioso desde el simbolismo del fuego como elemento purificador, que evoca la destrucción del pecado y la ofrenda del difunto a la misericordia de Dios. No tiene por qué aparecer como un acto poco respetuoso con el cuerpo o menos digno. Sin embargo, sí es preferible – cuando sea posible – que el funeral tenga lugar antes de la cremación. Es más expresiva la presencia del cuerpo del difunto que sus cenizas. Las oraciones que se hacen en el cementerio pueden recitarse también – debidamente adaptadas – en el crematorio, antes de la incineración. Lo que está expresamente prohibido es que la urna con las cenizas se guarde en la iglesia o se traslade a ella con ocasión de los aniversarios. El lugar apropiado para depositarla tampoco es el domicilio familiar. Las cenizas deben llevarse al cementerio o incluso – siguiendo el deseo del difunto – pueden ser esparcidas en la tierra o arrojadas al mar.

- ¿Cuál fue el rasgo predominante de la actitud de Jesús ante la inminencia de su muerte? (Se puede comentar Mc 14,32-42 y par).
- ¿Sigue siendo válido hoy el testimonio de los mártires? ¿En qué sentido?
- ¿Hay algo que os resulta insoportable de los funerales? ¿Habéis pensado cómo desearías el vuestro?

LAS DOS CURVAS VITALES

Cuando queremos saber la edad de una persona, preguntamos: “¿Cuántos años tienes?”. Y normalmente obtenemos la información. Sin embargo, no solemos ser conscientes de que la pregunta está mal planteada. La formulación correcta debería ser: “¿Cuántos años ya *no tienes*?”. Al menos esto es cierto desde el punto de vista biológico, es decir, cuando nuestra pregunta no tiene otra intención que la de acceder a un dato cronológico. El ser humano es un ser temporal. Todos nacemos, crecemos, maduramos, envejecemos y morimos. Pero en nuestra vida se entrecruzan dos curvas: la biológica y la biográfica. La curva biológica, exterior, es descendente. Va de más a menos. Comenzamos a vivir “con el depósito lleno”, con toda la energía vital, que se va consumiendo a medida que envejecemos. “¿Cuántos años no tienes?”. Cada minuto, cada segundo que pasa suponen algo de vida que se ha gastado, que se ha ido dejando por el camino. La muerte señala el final del recorrido, del desgaste: es como la aguja que indica que el tanque está vacío, que no queda combustible. La muerte certifica que se ha agotado nuestra vida biológica. “A medida que vas viviendo, va menguando el caudal de donde vives, y con el pasar de la vida mengua tanto que deja de existir, pues no hay forma de evadirse del último día” (*Sermón 229H, 2*).

También existe otra curva vital, la interior. La curva biográfica, en cambio, es ascendente. Va de menos a más. En un recién nacido, la vida es como un folio en blanco. Al principio se emborronan sólo unas palabras, poco a poco se van añadiendo otras, se componen frases y luego párrafos enteros. Progresivamente se van redactando páginas, hasta que la muerte pone el punto final a nuestro libro. Entonces acaba de ver la luz nuestra obra. La obra de nuestra vida. Durante el funeral de un joven colega y amigo suyo, Agustín exhortaba – emocionado – a los fieles: “No vivió él poco tiempo aquí, si consideramos sus obras en lugar de contar sus años. ¡Cuántos no consiguieron en muchos años ni la mitad de lo que él logró en tan pocos!” (*Sermón 396,1*). La vida biográfica no es necesariamente más rica por haber acumulado más años. A veces bastan pocos capítulos. Es significativo que figuras de la talla de Mozart o Santa Teresita – por ejemplo – nos hayan legado una obra tan inmensa en tan poco tiempo. El genial compositor austriaco en sólo 35 años y la monja carmelita en apenas 24. Al primero le bastaron para convertirse en “el músico más grande de todos los tiempos” (Joseph Haydn); a la segunda para ser declarada “santa patrona de las misiones”. Por cierto, sin abandonar nunca la clausura.

Nuestra vida biológica está destinada a irse consumiendo día a día, mientras nuestra vida biográfica va creciendo más y más, abriéndose a horizontes cada vez más amplios. “*Por eso no desfallecemos. Aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando, el hombre interior se va renovando de día en día*” (2Cor 4,16). La muerte es el temible final del hombre exterior, pero con ella el hombre interior alcanza la plenitud de su propia identidad. Con la muerte su pleno desarrollo ya no conocerá ningún límite. Entonces – al morirnos –, cuando hayamos escrito la última página de nuestra biografía, es cuando nuestro yo será más yo que nunca. Por eso, sería una desgracia para el ser humano vivir eternamente esta vida biológica. No morir significaría privarle de poder alcanzar su verdadera identidad. Desde esta perspectiva la muerte es el lugar del verdadero nacimiento de la persona. En

este sentido podemos comprender por qué la Iglesia, como norma general, celebra la fiesta de sus santos no en el aniversario de su nacimiento, sino precisamente en la fecha de su muerte (*dies natalis*).

¿RESURRECCIÓN O REENCARNACIÓN?

La creencia en la reencarnación, propia de concepciones filosóficas y religiosas extrañas al cristianismo, ha ido ganando adeptos en España en los últimos años. En el último informe de la Fundación Santa María sobre la religiosidad juvenil – *Jóvenes españoles 2005* – llama la atención que sea prácticamente la misma proporción de ellos los que creen en la resurrección (17%) y los que creen en la reencarnación (18%). La idea de reencarnación se basa en la convicción de que sólo existe verdaderamente el Uno, el Absoluto o como se le quiera denominar. Todo lo demás, lo múltiple, lo diferente no existe realmente; es una pura ilusión. El alma humana, que es parte de ese Uno eterno, al encarnarse se individualiza y se separa de él. Por eso, debe renunciar a la singularidad y reintegrarse en el Uno mediante una cadena de reencarnaciones-purificaciones sucesivas. Esto es lo que en el hinduismo se conoce como “ley del karma”. *Karma* es un término sánscrito que significa “hechos”, “obras”. Las obras buenas o malas determinan el destino de cada individuo en su vida actual y en sus futuras reencarnaciones. En nuestros días, movimientos como la *New Age* están difundiendo estas mismas tesis reencarnacionistas de la filosofía oriental. La buena acogida que tienen, también entre los cristianos, se debe, en gran parte, a lo mal que se nos ha transmitido muchas veces la doctrina de la Iglesia sobre la vida después de la muerte. Por ejemplo, imaginando el purgatorio como el lugar de una especie de “segunda vida temporal” donde expiar nuestros pecados, para poder entrar finalmente en la tercera vida, ésta ya eterna. O, también, la nada estimulante presentación estática y aburrida de la vida eterna del cielo, que nos ofrecían algunos catecismos.

Hay buenas razones para descartar la reencarnación. Sin necesidad de recurrir al postulado de la resurrección de los muertos, el rechazo cristiano de la reencarnación está formulado ya con el primer artículo del Credo. En efecto, la fe en la creación como obra de Dios conlleva el reconocimiento implícito de la bondad radical de toda criatura en su singularidad, y la negación de toda concepción cíclica del tiempo (eterno retorno). Además, solamente la esperanza en la resurrección de los muertos, toma en serio tanto la vida y la muerte, como la dignidad de la persona humana, creada a imagen de Dios. Veamos por qué.

Para la doctrina de la reencarnación, la muerte no deja de ser un fenómeno epidérmico. La muerte no es más que un accidente, una frontera que cruzarían las almas libremente – con billete de ida y vuelta – para alojarse en otros cuerpos en continuas e indefinidas reencarnaciones. Así, la vida se degrada. Queda reducida a un mero trámite que consiste en recomenzar siempre ciclos nuevos, sin conocer ni un inicio ni un término. Y el ser humano, privado de una identidad propia e intransferible, es sacrificado a un destino universal en el que la persona acaba diluyéndose. En el fondo la tesis

reencarnacionista impone la tiranía de la naturaleza sobre la libertad de la persona.

Desde el punto de vista cristiano, la muerte es un final. No cabe duda. Es el final de esta vida. Así lo experimentó también Jesús. Al encarnarse, – asumiendo totalmente nuestra humanidad, excepto el pecado –, el Hijo de Dios asumió también nuestra condición mortal. Y murió realmente. No sólo aparentemente, como supone el *Corán* y sugiere cierta literatura sensacionalista. Pero con Cristo ha cambiado el sentido último de la muerte. El Crucificado ha resucitado. Su muerte dio paso a la resurrección. La muerte dejó de ser el fin. En este sentido, podemos decir que la muerte también es un medio, el tránsito hacia la resurrección. Pero, cuidado, es un paso definitivo. Lo más grave de la creencia en la reencarnación – tan de moda hoy, como decimos – es que banaliza la muerte, despojando así de toda dignidad el final de la vida de la persona.

“Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os lo pidiere” (1Pe 3,15b). ¿Y qué esperamos los cristianos? No esperamos vagamente otra vida “después” o “más allá” de la muerte. Esperamos precisamente la real superación de la muerte, la “muerte de la muerte” (*Sermón 233,5*) – en expresión de san Agustín –, por obra del Dios que resucitó a Jesús. Significativamente el último artículo del Credo no es para creer, sino para esperar: “Esperamos la resurrección de los muertos y la vida eterna”. Al final, es decir, en la confianza que proporciona la fe profesada inmediatamente antes. Por tanto, no se trata de una espera incierta, pero tampoco de una certeza fanática. Porque la seguridad total sobre aquello que esperamos anularía nuestra esperanza. A propósito, predicaba san Agustín: “¿Qué decir de la esperanza? ¿Existirá allí? Dejará de existir cuando se haga presente la realidad esperada... Hemos sido salvados en esperanza. La esperanza que se ve no es esperanza. Si alguien ve algo, ¿cómo puede esperarlo?” (*Sermón 158,8*). Si “*la fe es la garantía de lo que se espera*” (Hb 11,1) y la resurrección de Jesús el dato central de la fe cristiana, la resurrección de los muertos es el núcleo de la esperanza cristiana.

La Constitución del Concilio Vaticano II sobre la Iglesia en el mundo actual resume con estas palabras la enseñanza de la Iglesia sobre el misterio de la muerte: “*La Iglesia afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz más allá de los límites de la miseria terrestre... Cristo resucitado a la vida ha conseguido esta victoria, liberando con su muerte al hombre de la muerte... La fe... ofrece a todo hombre... una respuesta a su ansiedad sobre su destino futuro, y le da al mismo tiempo la posibilidad de una comunión en Cristo con sus hermanos queridos arrebatados ya por la muerte, confiriendo la esperanza de que ellos han alcanzado en Dios la vida verdadera*” (*Gaudium et spes* 18b). Para los cristianos la muerte no deja de ser un misterio, pero es un misterio iluminado. Un misterio que la fe ilumina tenuemente como la lámpara parpadeante del sagrario brilla en la penumbra del templo. A su luz la muerte deja de ser un enigma indescifrable, para convertirse en un misterio teologal. Sí, morir es un acto de fe, de esperanza y de caridad. Porque sólo la fe ve un comienzo en lo que parece el final; sólo la esperanza transforma la

desesperación de dejar de ser en una serena confianza; y sólo el amor da sentido de entrega total a lo que se sufre como una pérdida trágica y absurda.

- Si hablamos de una *vida biográfica*, ¿podemos hablar igualmente de una *muerte biográfica*? ¿Qué significaría?
- ¿En qué quedamos? Para los cristianos la muerte, ¿es un fin o un medio?
- ¿Es lo mismo la resurrección que la inmortalidad del alma? ¿Por qué?

